

EL AVESTRUZ QUE QUERÍA VOLAR

Normalmente quienes quieren volar son las gallinas, pero en esta historia, nuestro protagonista es un avestruz, joven, hábil y fuerte, que desea intensamente surcar los cielos y volar a lo más alto.

Todo empezó el día que conoció esta ave a la perdiz, la que iba a convertirse en una amiga inseparable, también es un ave dotada de mucha habilidad, joven e inteligente. Fue un día como cualquier otro, el avestruz salía a correr como es su costumbre, pasó junto a un lago, y descubrió un árbol frutal, donde las frutas tenían una pinta deliciosa y parecían maduras, pero a pesar de su gran altura no consiguió alcanzar ninguna de ellas. Fue entonces cuando conoció a la perdiz, esta última al verle en dificultad, se acercó para ayudarlo, hizo caer las frutas, el avestruz las cogió, y después los dos se dieron un gran festín.

Ya en casa, nuestro avestruz, tras pensarlo varias veces, tomó una decisión. Tenía que volar, estaba decidido. Pediría ayuda a la perdiz y dentro de poco, volaría sin problemas, eso pensaba, a pesar de que aún no se conoce a ningún avestruz que sepa volar, e incluso dormía con la ilusión de ser el primero en lograrlo, bueno en realidad ni siquiera pudo pegar ojo, su deseo de volar era ya demasiado fuerte e intenso.

Al día siguiente, el avestruz, muy temprano, se fue a buscar a la perdiz, y le pidió, por todos los medios posibles, que le enseñara a volar, tal como lo había pensado la noche anterior, pero la perdiz se lo negó rotundamente, porque le parecía imposible que un avestruz llegara a volar. Pero el muy cabezotas del avestruz no dejaba de insistir, así que la perdiz no tuvo más remedio que aceptar, supuso que pronto se cansaría y lo dejaría.

El maestro decía que desplegara lo más posible sus alas, y que cogiera carrerilla, entonces el alumno empezaba a correr y a desplegar sus pequeñas alas, saltaba y al suelo, y así una caída tras otra, ni siquiera conseguía elevarse a más de un metro. Pasaban los días, y aunque lo seguía intentando sin cesar, el pobre avestruz no lograba nada. Aunque no conseguía echar a volar, se hizo muy buen amigo de la perdiz, pasaba la mayor parte del día con ella. Tras cada intento, el avestruz caía al suelo con dolor, tanto físico como psíquico, se llenaba de tristeza en su interior, pero ahí estaba siempre su buena amiga para reanimarle, e intentar convencerle que lo dejara, aún sabiendo que no obtendría resultado alguno.

Pero un día amaneció diferente, nuestro avestruz fue en busca de la perdiz como todas las mañanas, pero la encontró mal herida de una ala, se dio cuenta de que cerca había cazadores. Pronto escuchó los ladridos de los perros que venían a buscar el ave alcanzada por la bala. Entonces, el recién llegado, sin pensárselo dos veces, siendo todo lo rápido que pudo, cargó al ave herida, y corrió con todas sus fuerzas para huir de los perros, aún sabiendo que éstos ya los habían

visto y que él podría morir en el intento de salvar a la perdiz. Y a pesar de llevar a su amigo en la espalda, fue muy veloz, y logró librarse valerosamente de los perros cazadores.

Llegaron a un sitio seguro, una especie de escondrijo, donde los cazadores no podían encontrarles, el avestruz vendó al herido. Y fue ahí, en ese momento, dónde y cuándo la perdiz puso el ala en el corazón y dijo: "Oh, gran amigo mío, hoy me has salvado la vida arriesgando la tuya, no sé como agradecértelo, sé que tu gran sueño es surcar todos los cielos del mundo, pero yo no puedo hacer nada para ello, si yo pudiera, te daría ese don mío que tanto añoras. Pero amigo, no desprecies lo que Dios te ha concedido, que no es poco, con tus piernas fuertes y veloces, y conmigo sobre el lomo, has podido librarte de esos perros tan feroces, que no es poco, buen amigo, debes saberlo, no es poco".

La perdiz se curó del ala, y el avestruz dejó de lado su locura de querer volar, aunque de vez en cuando daba algunos saltos a ver si ocurría algún milagro. Uno al lado del otro sin separarse nunca, vivieron felices, aunque sin comer perdices ...

CHEN XIN ZHENG CHEN

